

**m** colección  
ANUALES

Felipe Garrido

Sin  
comprensión  
no hay  
lectura

ACADEMIA  
MEXICANA  
DE LA  
LENGUA



Garrido, Felipe.

*Sin comprensión no hay lectura* .— Ciudad de México: Academia Mexicana de la Lengua, 2024.

119 p. ; 21 x 13.5 cm. (Colección Manuales).

ISBN 978-607-59822-7-4

1. Ensayos mexicanos. 2. Comprensión de la lectura.  
I. Academia Mexicana de la Lengua. II. t. III. Ser.

DEWEY M864.5 GAR.s.AML

THEMA YPCA2

La edición de esta obra se hizo posible con el apoyo de



**EDUCACIÓN**  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



Primera edición: agosto de 2024

D. R. © 2024 Academia Mexicana de la Lengua, A. C.  
Donceles 66, Centro Histórico, alcaldía Cuauhtémoc,  
C. P. 06010 Ciudad de México  
Conmutador: (+ 52 55) 5208 2526  
C. e.: [academia@academia.org.mx](mailto:academia@academia.org.mx)  
[editor@academia.org.mx](mailto:editor@academia.org.mx)  
Sitio electrónico: [academia.org.mx](http://academia.org.mx)

ISBN: 978-607-59822-7-4

Prohibida la reproducción parcial o total por  
cualquier medio sin la autorización escrita del  
titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

# ÍNDICE

## **Presentación**

[ 9 ]

## **Introducción**

[ 1 1 ]

## **UNO. Aclaración de principios**

[ 1 5 ]

## **DOS. Los mecanismos de la lectura**

[ 4 5 ]

## **TRES. Un viaje al interior**

[ 7 1 ]

## **Epílogo**

[ 9 3 ]

# INTRODUCCIÓN

La formación de lectores que entiendan lo que leen y que sean capaces de escribir con claridad y corrección es la tarea más importante de nuestra educación básica.

F. G.

- ¡Abuelita, qué brazos tan largos tenéis!
- Son para abrazarte mejor, hijita.
- ¡Abuelita, qué piernas tan largas tenéis!
- Son para correr mejor, niña mía.
- ¡Abuelita, qué orejas tan largas tenéis!
- Son para oír mejor, mi niña.
- ¡Abuelita, qué ojos tan grandes tenéis!
- Son para veros mejor, hija mía.
- ¡Abuelita, qué dientes tan grandes tenéis!...

No hace falta transcribir el episodio final: todos lo conocemos. Éste es un ejemplo de lo que Frank Smith nos enseñó a llamar *información no sensorial* o *no visual*. La continuación de ese diálogo la narra la versión que sigo, quizá de Julio Torri, seguro autor del prólogo, que la editorial Cúltvra publicó en México en 1917 —de ahí los ahora anacrónicos *veros*

y *tenéis*, al lado de *abrazarte* y no *abrazaros*— mientras la Revolución teñía el país de rojo sangre y rojo fuego. Tal vez para evitar un tinte bolchevique, en esa edición el cuento de los Perrault<sup>1</sup> se llama “Caperucita encarnada”, como sucedió después en España, con el franquismo.

Brazos, oídos, ojos, dientes para abrazarte, oírte, verte, comerte, leerte mejor. Cuando es *de veras*, se lee con todo, el cuerpo y el alma —un soneto de Cuesta, el horóscopo, el *Diario Oficial*—. Leerte, que es abrazarte, oírte, verte, comerte. Leer para el otro; leer al otro; explorarlo, conocerlo, poseerlo. También, alcanzarlo, sujetarlo y ponerse en sus manos; escribir para el otro. En ese ir y venir: intuirse, descubrirse, construirse, entretenerse; instruirse también.

Leer y escribir es otro modo de escuchar y de hablar. Pide sor Juana en una de sus liras:

Óyeme con los ojos,  
ya que están tan distantes los oídos,  
y de ausentes enojos  
en ecos, de mi pluma los gemidos;  
y ya que no llega mi voz ruda,  
óyeme sordo, pues me quejo muda.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Marc Soriano se ocupa de la autoría de los cuentos de Perrault en *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*, Colihue, Buenos Aires, s/f. Traducción, adaptación y notas de Graciela Montes, pp. 548-567.

<sup>2</sup> Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1951, p. 313.

Escuchar lo que leemos, leer de lo que hablamos, hablar de lo que escribimos, escribir de lo que escuchamos. ¿Cómo separar estas acciones? Escuchar y hablar, leer y escribir “no para que todos sean escritores, sino para que nadie sea esclavo”, apunta Rodari en su *Gramática de la fantasía*. Leer y escribir para que todos sean dueños de su voz.

Escribir, “fijar escenas para preservarlas de la destrucción del tiempo”, dice Monterroso en *La letra e*. Quienes escriben saben que se dedica más tiempo a leer que a escribir. No mentía Borges por completo con aquello de que estaba más orgulloso de los libros que había leído que de los que había escrito. Un lector formado, un *lector letrado* está capacitado para servirse de la escritura, producir textos, transformar la experiencia en expresión. Y disfruta hacerlo.

\*

Estas páginas deben mucho a las lecturas de Ana Arenzana, Angélica de Icaza, Alan José y Alejandro García. Aún más deben a esos coautores míos que son los miles de padres de familia, maestros y bibliotecarios, promotores de la lectura y escritura, lectores de todos los niveles y todas las edades con quienes he trabajado de un lado a otro del país durante los últimos cincuenta años.

# DOS

## Los mecanismos de la lectura

En la escuela, para aprender a leer y a escribir —que son el cimiento sobre el cual se construye la mayor parte de los aprendizajes intelectuales—, la instrucción está orientada a reconocer primero las letras —nombres, sonidos, formas— y después a establecer sílabas y palabras. Pero no es éste el derrotero que seguimos cuando nos ponemos a leer.

En la escuela se aprende a leer y a escribir —y todo lo demás— como un mero objetivo escolar. No se incorpora a los maestros ni a los alumnos a la cultura escrita. Nuestra escuela alfabetiza, pero no forma lectores capaces de entender lo que leen y de escribir con claridad y corrección —a éstos los teme o los juzga superfluos, como dije antes—. Con eso, muchos alfabetizados que no necesitan leer y escribir para trabajar, y que no saben —nadie se los ha enseñado— leer por placer, más o menos pronto olvidan lo aprendido o resultan incapaces de aprovecharlo.

Nuestra escuela alfabetiza, pero no forma lectores capaces de entender lo que leen y de escribir con claridad y corrección.



Un niño se inicia en la cultura escrita mucho antes de que empiece a escribir y a leer.

Un niño se inicia en la cultura escrita mucho antes de que empiece a escribir y a leer; en su casa, en la televisión y en el cine; en la calle, cuando comienza a intuir las funciones del lenguaje escrito, viendo e imitando a quienes lo rodean —será muy afortunado si esas personas son gente que lee y escribe para vivir y trabajar, y que muchas veces lo hace por el gusto de hacerlo—.

El primer objetivo de la familia y enseguida de la escuela tendría que ser incorporar conscientemente a los niños a la cultura hablada y a la cultura escrita, pues la educación y el estudio avanzan de manera más ventajosa cuando además de escuchar y de hablar se lee y se escribe. La familia y la escuela son lugares de intercambio. Nadie habla ni lee ni escribe solo: se habla y se lee y escribe en una red, en una comunidad.

Dominar el lenguaje oral y el escrito son tareas semejantes. En ambas el proceso avanza a través del uso funcional. No es más difícil aprender a leer y a escribir que aprender a escuchar y a hablar. Estos dos aprendizajes podrían y deberían ser igualmente naturales.

Aprender a leer es desarrollar mecanismos que permitan comprender, es decir, atribuir sentido y significado a un texto. Para hacerlo, el lector debe estar interesado en lo que dicen esas palabras, debería hallarles un propósito. No comprender lo que se pretende leer es la causa más frecuente para abandonar la lectura. **¿Qué tanto es lo que debe comprenderse?** Por lo menos lo que haga falta para mantener vivos la **curiosidad** y el **interés** de los lectores.

Al igual que escuchar y hablar, la lectura y la escritura son destrezas, no conocimientos. Las destrezas se adquieren —no se aprenden— por medio de la emulación y el ejercicio. En vez de tratar estas capacidades como objetos de enseñanza, deberíamos preocuparnos por comprender su desarrollo y facilitar el crecimiento de los niños en la lengua escrita.

Nada contribuye tanto al crecimiento del niño en la lengua escrita como descubrir que leer y escribir son actos útiles, significativos y, sobre todo, placenteros: vivir experiencias es placentero —incluidas la tristeza, el miedo, la soledad, la desesperación—; gozar el lenguaje, el conocimiento, los retos intelectuales, son formas del placer.

Hace falta que los lectores estén bien formados, y sean capaces de escribir, para que puedan estudiar mejor y seguir aprendiendo durante toda la vida. Lectores por voluntad propia, autónomos, y lectores letrados, los que van a librerías y bibliotecas a leer, no sólo a buscar información; **los que necesitan leer como necesitan respirar.** Los que disfrutan emprender lecturas más complejas, que reten a su intelecto y a su emoción.

No conviene, y en realidad es perjudicial, que la lectura y la escritura se manejen como capacidades separadas.

Nada contribuye tanto al crecimiento del niño en la lengua escrita como descubrir que leer y escribir son actos útiles.

\*

Quienes han sido incorporados a la cultura escrita pueden: 1) leer —comprender— lo que otros —o ellos mismos— escriben; 2) traducirlo a imágenes; 3) pasarlo a sus palabras,

parafrasearlo; 4) enmendarlo, comentarlo, resumirlo o extenderlo; 5) aceptarlo o rechazarlo total o parcialmente; 6) discriminar la importancia de las ideas y los datos expuestos; 7) compararlo con lo que dicen otros textos; 8) decirlo por escrito, escribir sobre lo que se ha leído.

### ¿QUÉ ES LA COMPRESIÓN?

Desde que somos embriones empezamos a formarnos una idea, una teoría del mundo. La construimos a partir de nuestras experiencias; la integramos, enriquecemos, organizamos y compartimos en especial mediante el lenguaje.

Si podemos darle un sentido al mundo, es porque nos hemos formado una idea del mundo.

Si podemos darle un sentido al mundo, es porque nos hemos formado una idea del mundo. A partir de esa teoría constantemente hacemos predicciones. *Sabemos* lo que *debería* suceder, y si ocurre algo distinto nos desconcierta. Podemos predecir qué hará alguien si lo tratamos amablemente, o lo insultamos.

Para tomar cualquier decisión hacemos predicciones. Para cruzar una calle o manejar un automóvil anticipamos el comportamiento de cuanto nos rodea. Un automóvil que avanza a cierta velocidad es un signo al que debo atribuir sentido y significado para saber si tengo o no la oportunidad de cruzar la calle: un error de lectura puede ser letal. La comprensión depende de lo que vemos, y más aún de lo que sabemos; de la información no visual. Un día vi en Florencia

una señal de tránsito que en una bocacalle mostraba, en medio de un círculo rojo una gruesa banda horizontal blanca. Seguí adelante, y me costó trabajo convencer al policía que detuvo mi Fiat de que en México esa prohibición se hace con otro signo: una flecha vertical con la punta hacia arriba, en un círculo rojo y tachada por una diagonal del mismo color.

Puedo no comprender, cuando soy absolutamente incapaz de atribuir sentido o significado a un signo; para mí, una palabra escrita en vietnamita o en coreano, por ejemplo. Puedo también comprender mal, como le sucedió en Costa Rica a una mexicanita, una chamaca hija del embajador, gente de Guanajuato, que se sintió ofendida cuando en una fiesta una dama de sociedad le pidió que pasara al frente para cantar, y le dijo: “Anda huila, que es tu turno”. (En El Salvador, Costa Rica y otros lugares de Centroamérica una *huila* es una jovencita; mientras que en México es una prostituta.)

También puedo, a veces, comprender bien.

Quiero terminar insistiendo en esta definición: **comprender es atribuir sentido y significado a un signo.**

Puedo no comprender, cuando soy absolutamente incapaz de atribuir sentido o significado a un signo.

## IMPORTANCIA DE LA COMPRESIÓN

Incrementar la lectura —en especial la de libros— y la capacidad de escribir, más allá de las razones utilitarias del estudio y